

Domingo de Ramos

Conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén

ANTÍFONA (Cf. Mt 21, 9)

Hosanna al Hijo de David.

Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel.

El sacerdote y los fieles hacen la señal de la cruz, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Después saluda al pueblo de la manera acostumbrada.

Seguidamente, el sacerdote hace una breve monición en la que invita a los fieles participar activa y conscientemente en la celebración de este día. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos: Después de haber preparado nuestros corazones desde el comienzo de la Cuaresma, por medio de la penitencia, la oración y las obras de caridad, hoy nos congregamos para iniciar con toda la Iglesia, la celebración del misterio pascual de nuestro Señor. Este sagrado misterio se realiza por su muerte y resurrección; para ello, Jesús ingreso en Jerusalén, la ciudad santa. Nosotros, llenos de fe y con gran fervor, recordando esta entrada triunfal, sigamos al Señor para que, por la gracia que brota de su cruz, lleguemos a tener parte en su resurrección y en su vida

Después de esta monición, el sacerdote, para bendecir los ramos, dice una de las siguientes oraciones, con las manos extendidas.

Oremos.

Dios todopoderoso y eterno, santifica con tu bendición

+ estos ramos para que, cuantos seguimos con aclamaciones a Cristo Rey, podamos llegar por él a la Jerusalén celestial.

Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Y rocía los ramos con agua bendita, en silencio.

Luego el diácono, o en su defecto el mismo sacerdote, proclama el Evangelio de la manera acostumbrada. Se toma el texto correspondiente al ciclo dominical en curso. Según las circunstancias, puede usarse el incienso.

AÑO B:

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos (Mc 11, 1--109)

Cuando Jesús y los suyos se aproximaban a Jerusalén, estando ya al pie del monte de los Olivos, cerca de Betfagé y de Betania, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: «Vayan al pueblo que está enfrente y, al entrar, encontrarán un asno atado, que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo; y si alguien les pregunta: «¿Qué están haciendo?», respondan: «El Señor lo necesita y lo va a devolver en seguida»».

Ellos fueron y encontraron un asno atado cerca de una puerta, en la calle, y lo desataron. Algunos de los que estaban allí les preguntaron: «¿Qué hacen? ¿Por qué desatan ese asno?».

Ellos respondieron como Jesús les había dicho y nadie los molestó. Entonces le llevaron el asno, pusieron sus mantos sobre él y Jesús se montó. Muchos extendían sus mantos sobre el camino; otros, lo cubrían con ramas que cortaban en el campo. Los que iban delante y los que seguían a Jesús, gritaban: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el Reino que ya viene, el Reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!».

Después del Evangelio, si se cree oportuno, puede hacerse una breve homilía. Luego el sacerdote, el diácono o un ministro laico invita a comenzar la procesión con estas palabras u otras semejantes:

Queridos hermanos:

Imitemos a la muchedumbre que aclamó a Jesús, y caminemos cantando y glorificando a Dios, unidos por el vínculo de la paz.

Y comienza la procesión hacia la iglesia en la que se celebrará la Misa. Si se usa incienso, el turiferario va adelante con el incensario humeante; lo sigue un acólito u otro ministro con la cruz, adornada con ramos según la costumbre del lugar, entre dos ministros con cirios encendidos. Luego sigue el diácono con el Evangelionario, el sacerdote con los demás ministros, y detrás de ellos los fieles con ramos en las manos.

Durante la procesión, el coro y el pueblo entonan los cánticos siguientes u otros similares en honor de Cristo Rey.

ANTÍFONA DE ENTRADA (Jn 12,13; Mc11,10)

Seis días antes de la solemnidad de la Pascua,
cuando el Señor entraba a la ciudad de Jerusalén,
los niños salieron a su encuentro con palmas en sus manos
y aclamaban con toda su voz:
«Hosanna en las alturas. Bendito tú, que has venido lleno de misericordia.»

(Sal 23,9-10)

Puertas, levanten sus dinteles.
Ábranse, puertas eternas, para que entre el Rey de la gloria.
¿Y quién es el Rey de la gloria?
El Rey de la gloria es el Señor de los ejércitos.
«Hosanna en las alturas. Bendito tú, que has venido lleno de misericordia.»

Después de la procesión o de la entrada solemne, el sacerdote comienza la Misa con la oración colecta

Oración colecta

Dios todopoderoso y eterno,
tú mostraste a los hombres
el ejemplo de humildad de nuestro Salvador,

que se encarnó y murió en la cruz;
concédenos recibir las enseñanzas de su Pasión,
para poder participar un día de su gloriosa resurrección.
Él que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

PRIMERA LECTURA (Is 50, 4-7)

No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado

Lectura del libro de Isaías

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor Dios me ha abierto el oído; y yo no me he rebelado ni me he echado atrás: ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba; no oculté el rostro ante insultos y salivazos. Mi Señor me ayudaba, por eso no me quedaba confundido; por eso ofrecí el rostro como pedernal, y se que no quedaría defraudado.

SALMO RESPONSORAL Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24)

R./Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí
hacen visajes, menean la cabeza:
«Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre, si tanto lo quiere.» **R/.**

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos. **R/.**

Se reparten mi ropa,
echan a suertes mi túnica.
Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. **R/.**

Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.
Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, orificadlo;
temedlo, linaje e Israel. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Fil 2,6-11)

Se rebajó a sí mismo; por eso Dios lo levantó sobre todo

Lectura de la Carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al

nombre de Jesús toda rodilla se doble –en el Cielo, en la Tierra, en el abismo–, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Fil 2,8-9)

Cristo por nosotros se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre».

Para la lectura de la Pasión, no se llevan cirios ni se inciensa; se omite el saludo y la signación del libro. La lectura está a cargo de un diácono o, en su defecto, del mismo sacerdote. Sin embargo, es recomendable confiar a otros lectores las distintas partes según indica el Leccionario, y reservar al diácono o al sacerdote la parte correspondiente a Cristo.

Solamente los diáconos que intervienen en la proclamación piden la bendición del sacerdote, como se hace antes del Evangelio.

EVANGELIO (Mc 14,1–15,47)

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Marco

[C. Faltaban dos días para la Pascua y los Ázimos. Los sumos sacerdotes y los letrados pretendían prender a Jesús a traición y darle muerte. Pero decían:

S. —No durante las fiestas; podría amotinarse el pueblo.

C. Estando Jesús en Betania, en casa de Simón, el leproso, sentado a la mesa, llegó una mujer con un frasco de perfume muy caro, de nardo puro; quebró el frasco y se lo derramó en la cabeza. Algunos comentaban indignados:

S. —¿A qué viene este derroche de perfume? Se podía haber vendido por más de trescientos denarios para dárselo a los pobres.

C. Y regañaban a la mujer. Pero Jesús replicó:

—Dejadla, ¿por qué la molestáis? Lo que ha hecho conmigo está bien. Porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis; pero a mí no me tenéis siempre. Ella ha hecho lo que podía: se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. Os aseguro que, en cualquier parte del mundo donde se proclame el Evangelio, se recordará también lo que ha hecho ésta.

C. Judas Iscariote, uno de los Doce, se presentó a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. Al oírlo, se alegraron y le prometieron dinero. El andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

S. —¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua ?

C. —El envió a dos discípulos diciéndoles:

—Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: «El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?»

Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes.

Preparadnos allí la cena.

C. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Al atardecer fue él con los Doce. Estando a la mesa comiendo dijo Jesús :

—Os aseguro, que uno de vosotros me va a entregar: uno que está comiendo conmigo.

C. —Ellos, consternados, empezaron a preguntarle uno tras otro :

S. ¿Seré yo?

C. Respondió :

—Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del Hombre se va, como está escrito; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del

Hombre!; ¡más le valdría no haber nacido!

C. Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio diciendo:

—Tomad, esto es mi cuerpo.

C. Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron.

Y les dijo:

—Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro, que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios.

C. Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos. Jesús les dijo:

—Todos vais a caer, como está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas.»

Pero cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea.

C. Pedro replicó :

S. Aunque todos caigan, yo no.

C. Jesús le contestó:

—Te aseguro, que tú hoy, esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres.

C. Pero él insistía:

S. Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

C. Y los demás decían lo mismo.

C. Fueron a una finca, que llaman Getsemaní y dijo a sus discípulos :

—Sentaos aquí mientras voy a orar.

C. Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, empezó a sentir terror y angustia, y les dijo:

—Me muero de tristeza: quedaos aquí velando.

C. Y, adelantándose un poco, se prostró en tierra pidiendo que, si era posible, se alejase de él aquella hora; y dijo:

-¡Abba! (Padre): tú lo puedes todo, aparta de mí ese cáliz. Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.

C. Volvió, y al encontrarlos dormidos, dijo a Pedro:

-Simón ¿duermes?, ¿no has podido velar ni una hora? Velad y orad, para no caer en la tentación; el espíritu es decidido, pero la carne es débil.

C. De nuevo se apartó y oraba repitiendo las mismas palabras. Volvió, y los encontró otra vez dormidos, porque tenían los ojos cargados. Y no sabían qué contestarle. Volvió y les dijo:

-Ya podéis dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora; mirad que el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega.

C. Todavía estaba hablando, cuando se presentó Judas, uno de los doce, y con él gente con espadas y palos, mandada por los sumos sacerdotes, los letrados y los ancianos. El traidor les había dado una contraseña, diciéndoles:

S. -Al que yo bese, es él: prendedlo y conducidlo bien sujeto.

C. Y en cuanto llegó, se acercó y le dijo:

S. —¡Maestro !

C. Y lo besó. Ellos le echaron mano y lo prendieron. Pero uno de los presentes, desenvainando la espada, de un golpe le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús tomó la palabra y les dijo

—¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos, como a caza de un bandido? A diario os estaba enseñando en el templo, y no me detuvisteis. Pero, que se cumplan las Escrituras.

C. Y todos lo abandonaron y huyeron.

Lo iba siguiendo un muchacho envuelto sólo en una sábana; y le echaron mano; pero él, soltando la sábana, se les escapó desnudo. Condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote, y se reunieron todos los sumos sacerdotes y los letrados y los ancianos. Pedro lo fue siguiendo de lejos, hasta el interior del patio del sumo sacerdote; y se sentó con los criados a la lumbre para calentarse.

Los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno buscaban un testimonio contra Jesús, para condenarlo a muerte; y no lo encontraban. Pues, aunque muchos daban falso testimonio contra él, los testimonios no concordaban. Y algunos, poniéndose de pie, daban testimonio contra él diciendo:

S. —Nosotros le hemos oído decir: «Yo destruiré este templo, edificado por hombres, y en tres días construiré otro no edificado por hombres.»

C. Pero ni en esto concordaban los testimonios.

El sumo sacerdote se puso en pie en medio e interrogó a Jesús:

S. —¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que levantan contra ti?

C. Pero él callaba, sin dar respuesta. El sumo sacerdote lo interrogó de nuevo preguntándole:

S. —¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?

C. Jesús contestó:

—Sí lo soy. Y veréis que el Hijo del Hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo.

C. El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo:

S. —¿Qué falta hacen más testigos? Habéis oído la blasfemia. ¿Qué decidís?

C. Y todos lo declararon reo de muerte. Algunos se pusieron a escupirle, y tapándole la cara, lo abofeteaban y le decían:

S. —Haz de profeta.

C. Y los criados le daban bofetadas. Mientras Pedro estaba abajo en el patio, llegó una criada del sumo sacerdote y, al ver a Pedro calentándose, lo miró fijamente y dijo:

S. —También tú andabas con Jesús el Nazareno.

C. Él lo negó diciendo:

S. —Ni sé ni entiendo lo que quieres decir.

C. Salió fuera al zaguán, y un gallo cantó. La criada, al verlo, volvió a decir a los presentes:

S. —Este es uno de ellos.

C. Y él lo volvió a negar. Al poco rato también los presentes dijeron a Pedro:

S. —Seguro que eres uno de ellos, pues eres galileo.

C. Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar:

S. —No conozco a ese hombre que decís.

C. Y en seguida, por segunda vez, cantó el gallo. Pedro se acordó de las palabras que le había dicho Jesús: «Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tres», y rompió a llorar.] Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los letrados y el sanedrín en pleno, prepararon la sentencia; y, atando a Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó:

S. —¿Eres tú el rey de los judíos?

C. El respondió:

—Tú lo dices.

C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo:

S. —¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan.

C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba muy extrañado. Por la fiesta solía soltarse un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en la revuelta. La gente subió y empezó a pedir el indulto de costumbre. Pilato les contestó:

S. —¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia.

Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás.

Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó:

S. —¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?

C. Ellos gritaron de nuevo:

S. —Crucifícalo.

C. Pilato les dijo:

S. —Pues ¿qué mal ha hecho?

C. Ellos gritaron más fuerte:

S. —Crucifícalo.

C. Y Pilato, queriendo dar gusto a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y reunieron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo:

S. —¡Salve, rey de los judíos !

C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rulo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «La Calavera»), y le ofrecieron vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: EL REY DE LOS JUDÍOS. Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: «Lo consideraron como un malhechor.»

Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo:

S. —¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.

C. Los sumos sacerdotes, se burlaban también de él diciendo:

S. —A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de

Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.

C. También los que estaban crucificados con él lo insultaban. Al llegar el mediodía toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: -Eloí Eloí, lamá sabactani. (Que significa: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?)

C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían:

S. —Mira, está llamando a Elías.

C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo:

S. —Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.

C. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

S. —Realmente este hombre era Hijo de Dios.

[C. Había también unas mujeres que miraban desde lejos; entre ellas María

Magdalena, María la madre de Santiago el Menor y de José y Salomé, que cuando él estaba en Galilea, lo seguían para atenderlo; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén. Al anoecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, noble magistrado, que también aguardaba el Reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que hubiera muerto ya; y, llamando al centurión, le preguntó si hacia mucho tiempo que había muerto. Informado por el centurión, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, excavado en una roca, y rodó una piedra a la entrada del sepulcro. María Magdalena y María, la madre de José, observaban dónde lo ponían.]

Se dice «Credo»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Por la Pasión de tu Hijo unigénito danos, Señor, tu perdón y aunque no lo merecen nuestras obras, haz que lo recibamos de tu misericordia por este sacrificio.

PREFACIO: <https://www.youtube.com/watch?v=kmkyw7K3SJI>

De la Pasión del Señor

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Jesucristo, Señor nuestro.
Él que era inocente,
quiso padecer por los pecadores
y fue condenado injustamente para salvar a los culpables;
al morir, borró nuestros pecados
y al resucitar, nos obtuvo la salvación.
Por eso, con todos los ángeles
te alabamos, diciendo con alegría: Santo, Santo, Santo

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Mt 26,42)

Padre mío, si no puede pasar este cáliz
sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad.

ORACIÓN DESPUÉS DE COMUNIÓN

Semana Santa

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con tu sagrados dones,
te pedimos, Padre, que así como por la muerte de tu Hijo
nos haces esperar lo que creemos,
por su resurrección lleguemos a la gloria que anhelamos.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Padre, dirige tu mirada sobre esta familia tuya,
por la cual nuestro Señor Jesucristo
no dudó en entregarse a las manos de los verdugos
y sufrir el suplicio de la cruz.
Él que vive y reina por los siglos de los siglos.

Lectio

La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Sucedió el domingo anterior a su muerte. Fue una entrada grandiosa y al mismo tiempo, humilde. La ciudad estaba llena de peregrinos para celebrar la pascua judía. Una gran multitud rodeó a Jesús y con ramos de olivos y palmas en las manos, lo acompañó en su entrada en la ciudad, entre cánticos y exclamaciones. Muchos lo seguían con fe y esperanza.

El olivo es el árbol típico de la región donde vivió Jesús. Por eso los habitantes de Jerusalén salieron al encuentro de Jesús con ramos de olivo.

Reflexión

Estamos frente a un texto de la segunda parte del evangelio según san Marcos. Es pertinente recordar que del capítulo 8 en adelante se tiene una clave de lectura que busca responder a la pregunta: ¿Quién es el discípulo? Con la mirada puesta en esta pregunta es bueno acercarse al pasaje que acompaña este domingo, entendiendo que todos somos discípulos de Jesús y por ello debemos reconocer las actitudes de un auténtico discípulo. En este capítulo se muestra un aumento considerable de la presión generada por los que querían darle muerte a Jesús. Su entrada a Jerusalén se presenta con gran júbilo por parte del pueblo y con gran sobriedad por parte de quien aclaman como rey, Jesús. La escena inicia mostrando el dinamismo que caracteriza a Jesús en el evangelio de Marcos, éste se encontraba de camino hacia Jerusalén. Muestra inmediatamente que su actitud no es la pasividad, sino que los que quieran seguirle deben sumarse a su peregrinar.

La entrada a Jerusalén está marcada por el anuncio mesiánico. Pero es un mesías que se presenta de un modo particular. No es un rey que llega acompañado de majestuosidad, sino que se acerca a su pueblo en un burro, lo que le permite a gran parte de la comunidad el poder acercarse, tanto así que se siente como parte del pueblo. El detalle que presenta al inicio, en donde Jesús manda a dos de sus discípulos para pedir prestado el burro con el cual piensa subir a Jerusalén, muestra evidentemente la sencillez que caracteriza este nuevo reinado que viene a establecerse; y al mismo tiempo denota un reino de justicia al justificar que devolverá el asno una vez que deje de necesitarlo. El pueblo judío tenía claro que el Mesías vendría a traer un reino de justicia y de paz, aspectos que distinguen el papel mesiánico de Jesús en esta escena, por el cual el pueblo lo reconoce como el verdadero mesías al notar con esta imagen a un rey que se acerca a Jerusalén montado en un burro, cuestión que les recordó la profecía de Zacarías 9, 9.

El cumplimiento de la profecía en la figura de Jesús ayudó a que el pueblo lo aclamara como el verdadero mesías que se acerca para tomar posesión de su trono. Justamente los versículos 9 y 10 de este pasaje, muestran la aclamación del pueblo: *“Hosanna, Bendito el que viene en nombre del Señor. Bendito el reino de nuestro padre David que llega.*

Hosanna en las alturas". Esta expresión en los labios del pueblo deja claro la visión mesiánica que ellos esperaban. El reinado de David es aclamado en este pasaje, pero Jesús no establece un reino físico, sino que su reinado viene a establecerse, no con las prerrogativas humanas, sino con los planes y proyectos de Dios. La concepción errada y la insuficiente capacidad para entender las palabras de Jesús, vuelven a salir a flote en este pasaje.

De esta manera, Jesús se presenta como Rey, viene a establecer un reinado un tanto particular que no pasa a ser comprendido por los suyos y que en líneas generales vemos como en este pasaje está brindando las herramientas para distinguir que la Justicia y la paz serán dos aspectos que ya se muestran en este nuevo Reino.

Contemplación: Ya hemos revisado algunos elementos formales presentes en el texto que corresponde para este domingo. Ahora hay que hacer una lectura que ayude a centrar la mirada en el Cristo crucificado y desde allí poder contemplar la vida misma. Se debe iniciar esta contemplación con la invitación que se hace en todo el evangelio de San Marcos, a ser verdaderos discípulos de Jesús, quien se encuentra de camino y va invitando a todos los que se presentan a su paso a formar parte de este discipulado, el cual está determinado en la cruz, desenlace que presenta el evangelio de Marcos a todos los discípulos, es decir, no es otra cosa sino que cada quien tome la cruz que ha recibido, la acepte por amor y siga los pasos como un verdadero discípulo de Jesús, quien nunca rechazó la cruz, sino que la asumió y continuó su camino hasta la crucifixión.

Unido a esto, hay que hacer un esfuerzo por alcanzar la contemplación de Jesús como verdadero mesías, presente en detalles muy sencillos pero que componen toda esta dinámica de cómo Dios habla a los hombres y del mismo modo, el cómo los hombres deben responderle a Dios. En este sentido, la contemplación debe llevarnos a centrar la mirada en quién es Jesús para mí, cómo puedo reconocer que Él es el Mesías de mi vida, como puedo centrar todos mis propósitos en la búsqueda del Reino que Él viene a establecer. Esta es la misión que como discípulos de Jesús tenemos: reconocer nuestra cruz y centrar la mirada en el reino de Dios.

Luego de esto, una lectura litúrgica de este pasaje nos ayuda a disponer nuestro espíritu a la celebración del Misterio Redentor de Cristo con su pasión, muerte y resurrección. Como miembros de la Iglesia, año tras año celebramos este misterio y estamos llamados a hacer una constante revisión de vida para ir identificando qué cosas hay en cada uno, que pudiesen separarnos del mensaje del Reino de Dios. Puede ser que esta celebración y la escucha de este pasaje evangélico no sea nada novedoso, pero por nuestra constante revisión de vida, el mensaje del evangelio siempre tendrá elementos nuevos que nos ayudaran a profundizar en su palabra, de modo que podríamos preguntarnos: ¿cómo me estoy preparando para la celebración del misterio redentor de Cristo, siendo que Él se presenta como Rey y me invita a mí a ser parte de su Reino?

Propósito: ante la celebración de la Semana Mayor, hagamos revisión de las obras de misericordia espiritual, teniendo como clave que son estas obras, las que me dan indicios de un auténtico discipulado inmerso en un reino de justicia y paz que viene a establecer Jesús.

Apéndice

DEL CATECISMO DE LA IGLESIA

La subida de Jesús a Jerusalén

557: «Como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén» (*Lc 9, 51*). Por esta decisión, manifestaba que subía a Jerusalén dispuesto a morir. En tres ocasiones había repetido el anuncio de su Pasión y de su Resurrección. Al dirigirse a Jerusalén dice: «No cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén» (*Lc 13, 33*).

558: Jesús recuerda el martirio de los profetas que habían sido muertos en Jerusalén. Sin embargo, persiste en llamar a Jerusalén a reunirse en torno a él: «¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no habéis querido!» (*Mt 23, 37b*). Cuando está a la vista de Jerusalén, llora sobre ella y expresa una vez más el deseo de su corazón: «¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos» (*Lc 19, 41-42*).

La entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén

559: ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey, pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de «David, su padre» (*Lc 1, 32*). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación («Hosanna» quiere decir «¡sálvanos!», «¡Danos la salvación!»). Pues bien, el «Rey de la Gloria» (*Sal 24, 7-10*) entra en su ciudad «montado en un asno» (*Zac 9, 9*): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad. Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños y los «pobres de Dios», que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores. Su aclamación, «Bendito el que viene en el nombre del Señor» (*Sal 118, 26*), ha sido recogida por la Iglesia en el «Sanctus» de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

560: La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías llevará a cabo mediante la Pascua de su Muerte y de su Resurrección. Con su celebración, el Domingo de Ramos, la liturgia de la Iglesia abre la Semana Santa.